

La historia local. Una síntesis catalana

PERE, ANGUERA

RESUMEN

El presente artículo estudia la evolución de la historiografía local catalana que arranca de mediados del siglo XIX, examinando las diversas etapas y analizando las características propias de cada una de ellas, concluyendo en la necesidad de recuperar y potenciar los estudios locales, especialmente en aquellos casos de historia concreta y específica, pese a que se deriven diversos problemas entre los que hay que señalar la correlación entre historia general y local.

ABSTRACT

The present article studies the evolution of local Catalan historiography which dates back to the middle of the XIX century. It starts by examining its different stages and analyzing the specific characteristics of each one and infers the need of recovering and strengthening that local research, especially in those cases of very concrete and specific events, even though some problems may arise such as the correlation between general and local history.

BREVE RESEÑA HISTÓRICA¹

Una característica presentada a menudo como singular y determinante de la vivacidad cultural catalana es la abundancia de los estudios históricos dedicados a espacios geográficamente reducidos, básicamente a una localidad y de manera más excepcional a una comarca, aglutinados de manera reduccionista bajo el epígrafe de historia local. La pujanza de esta historiografía se constata de manera irrecusable con una simple ojeada a repertorios diversos o con la lectura de las fuentes bibliográficas utilizadas para la elaboración de obras de más amplia ambición territorial, a pesar de la dificultad de su recuento cuantitativo, por la ausencia de repertorios rigurosos, que exigiría un vaciado exhaustivo de los índices del ISBN, con el agravante de que no todas las publicaciones locales se preocupan de solicitar el correspondiente número de registro². Por otra parte,

¹ En este epígrafe resumo y reelaboro P. ANGUERA, "L'eclosió de la historia local i la seva integració en la historia general de Catalunya", *Actes. I Congrés Internacional d'Història Local de Catalunya*, Ed. L'Avenç, Barcelona, 1993, pp. 9-20.

² Desde hace unos años Borja de Riquer dirige en la Universitat Autònoma de Barcelona un equipo dedicado a la elaboración de una base de datos de la historiografía local catalana. Véase el dossier "Bibliografía comarcal", en *Plecs*, 73, pp. 35-45, en *L'Avenç*, 222 (1998).

cualquier viajero interesado puede ver en los escaparates de librerías y quioscos comarcales estudios dedicados a núcleos urbanos de muy escasa demografía. No se trata de un fenómeno reciente, sino que es la culminación de una tradición que hunde sus raíces en el segundo tercio del siglo XIX y que tiene una de sus justificaciones esenciales en el afán de reivindicar, recuperar y establecer las señas de identidad colectiva. En aquellos momentos, estas señas de identidad estaban en peligro, amenazada su supervivencia por los inicios de la industrialización que sometían a la sociedad a importantes cambios estructurales, simultáneos al empuje del afán liberal de unificar y centralizar el estado, creando una nueva conciencia española que en la práctica se reducía a la mitificación de la trayectoria y los referentes históricos castellano-leoneses para vertebrar la endeble conciencia española de comunidad política moderna³. El proyecto liberal comportaba la progresiva castellanización y la despersonalización de los antiguos reinos y territorios de la monarquía, con un doble objetivo: construir la nueva comunidad política homogeneizándola y combatir un nebuloso sentimiento comunitario con tintes nacionales más temido por el poder que asumido de manera consciente por la mayoría de los habitantes de los antiguos reinos. La suma de los dos componentes de la voluntad "modernizadora", el económico y el político, deterioraba de forma creciente, alarmantemente creciente para los coetáneos, las formas clásicas de relaciones sociales y su percepción de la cultura del pasado⁴.

Aunque la historia local cuente en Cataluña con algunos precedentes renacentistas o ilustrados fue iniciada, en líneas generales, por los epígonos del romanticismo, quienes se dedicaron con entusiasmo a dar a conocer historias de distintas localidades "desde sus orígenes", como constaba a menudo en los títulos de sus libros, impulsados por idénticos motivos que los que guiaban a los denominados historiadores nacionales generales. El planteamiento y estructura de las obras de ambos eran similares como se comprueba al cotejar los respectivos índices: mostrar la antigüedad y cohesión del municipio y la raigambre de sus privilegios pretéritos (muchas veces también su talante democrático a través de las posibilidades populares, y aquí popular es sinónimo de mesocrático, de participar en el gobierno municipal). La mayoría de estos autores pioneros eran rentistas, otros profesionales de la pluma, o con formación universitaria, o bien reunían dos de estas características o las tres. En los años de la Restauración surgió una segunda oleada de historiadores locales, impulsada al unísono por la consolidación de la *Renai-xença* (el restablecimiento consciente y progresivo del catalán como lengua de cultura) y por los inicios del catalanismo político. Los nuevos autores eran por lo general curas de pueblo o burgueses ilustrados. Ambas etapas comparten el mismo

³ Para la voluntad de creación del sentimiento español, I. FOX, *La invención de España*, Cátedra, Madrid, 1997. Sobre el caso catalán, P. ANGUERA, "Nacionalismo e historia en Cataluña: tres propuestas de debate", Fernando el Católico, Zaragoza, 1998, pp. 73-66.

⁴ Para el caso catalán, con los conflictos íntimos de sus dirigentes, el sugerente libro de J. M. FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida*, Curial, Barcelona, 1992.

afán: recoger de manera exhaustiva y fiel, aunque poco rigurosa según la metodología actual, la mayor cantidad posible de noticias que afectasen a la localidad, desde los tiempos más remotos posibles hasta la fecha de redacción. En la mayoría de los casos la investigación se basaba en los archivos del propio municipio (el municipal y los parroquiales), aunque no son excepcionales los que aportaron documentación procedente de fondos más importantes.

La diferencia fundamental entre los autores de estas dos etapas radica en la lengua utilizada. Los primeros escribieron mayoritariamente en castellano (como lo hicieron también los historiadores generales románticos de Cataluña: Víctor Balaguer y Antoni de Bofarull), mientras que los segundos, con muy escasas excepciones, lo hicieron en catalán, incluso es posible citar algún erudito que publicó sus primeros trabajos en español, y en catalán los de la madurez. El cambio de idioma no debe atribuirse únicamente a una decisión personal, sino que para ello jugó un importante papel la profunda modificación producida en la conciencia colectiva catalana sobre la función de cada una de las dos lenguas, presentes de manera desigual en la sociedad, en las relaciones públicas y en especial en sus usos culturales. El catalán que había cruzado el umbral del siglo XIX con el estigma de ser un patués indigno de ser usado como lengua de alta cultura, se había convertido en las décadas finales del XIX en una auténtica lengua nacional reivindicada para todas las funciones públicas⁵, una vez superados diversos condicionantes diglósicos.

Las obras de estos autores ofrecen a menudo una innegable imagen de cajón de sastre pero, a pesar de los defectos metodológicos que se les pueda achacar, contienen abundante y sólida información. Fueron los primeros, antes que la *nouvelle histoire* lo pusiera de moda, en interesarse por la información contenida en testamentos, inventarios o apeos, en recoger notas sobre las minorías marginales desde las prostitutas a los gitanos, en describir las formas de diversión y las múltiples manifestaciones de la cultura popular laica y religiosa o en recopilar noticias de historia agraria o climatológica. En demasiadas ocasiones, desde supuestos pedestales universitarios, los historiadores profesionales han despreciado estas obras poniendo en duda su fiabilidad, en gran medida porque, de acuerdo con los usos del momento, prescindieron casi por completo del aparato crítico y de las notas a pie de página, aunque ello no les impidió publicar acopios documentales. Pero cuando es posible compulsarla con las fuentes originales se constata de inmediato su alta fiabilidad. El tiempo en lugar de ajarlas ha incrementado su interés, ya que de hecho se han convertido en la única fuente que permite conocer numerosos documentos y episodios después de la devastadora destrucción documental producida durante la última guerra civil. Entre 1840/50 y 1910 se publicaron asimismo numerosas historias de ermitas y de devociones diversas, más olvidadas aún que las monografías locales, a pesar de

⁵ Análisis con detalle este cambio de percepción en P. ANGUERA, *El catalá al segle XIX, De llengua del poble a llengua nacional*, Empúries, Barcelona, 1997.

constituir a menudo las únicas fuentes (al trazar inventarios de las rogativas) que permiten conocer la cronología de los avatares climatológicos, sequías pertinaces o chubascos tormentosos, de conocimiento fundamental no sólo para la historia agraria y la económica (al incidir en los precios de los productos de primera necesidad) sino también para explicar convulsiones sociales y movimientos de protesta política.

El tercer período de la historia local se sitúa en los años '20 y '30 del presente siglo. Surgió bajo lo que puede denominarse los efluvios del Noucentisme, el gran esfuerzo de normalización cultural y cívica impulsado por los intelectuales que participaron en los proyectos que culminaron y derivaron de la Mancomunidad. En esta etapa la pulcritud de la prosa, casi siempre catalana, va a menudo en detrimento de la investigación documental, al ser más proclives al ensayo interpretativo que a la erudicción. El cuarto período se sitúa durante el franquismo, cuando las monografías locales fueron toleradas y aún impulsadas por la dictadura que creía que a través de ellas podía dar vida a un localismo diferenciador, que actuara como elemento de disgregación del sentir colectivo catalán. Un ejemplo de esta voluntad, a la que se sumaba la de anular el Institut d'Estudis Catalans, fue la creación de un Instituto de Estudios en cada una de las provincias catalanas, teóricamente vinculados al CSIC, aunque en la práctica fueran independientes. Estos institutos, vivos hasta hace poco tiempo, sirvieron para aglutinar los núcleos más representativos de la cultura fósil y anquilosada (y fiel al poder), situada al margen de los planteamientos de los sectores que conectaban con el sentir mayoritario de la comunidad tradicionalmente culta. Fueron cuerpos vivos mientras contaron con la financiación acrítica de las diputaciones, con almas muertas al carecer de empuje y categoría científica, subordinándose sin tapujos a los intereses de los gobernantes. El talante de la historiografía no sometida a la protección oficial fue muy distinto al que se esperaba que derivase de aquella tolerancia gubernamental, porque los nuevos historiadores, al tiempo que se aprovechaban de la tolerancia, convertían su quehacer en un elemento aglutinador de la revertebración de la catalanidad. El mejor ejemplo lo constituyen las itinerantes *Assemblees intercomarcals d'estudiosos*, iniciadas en 1950 y aún vivas, en las que confluían, desde su inicio, autodidactas y universitarios. Durante la misma década surgieron diversos centros de estudios locales o comarcales, aún activos hoy. Si bien alguna de las publicaciones iniciales de estos centros siguieron la tónica de los volúmenes publicados en las décadas anteriores, muy pronto se produjo un cambio con la incorporación de gente más joven que en su mayoría publicaba en catalán los resultados de sus investigaciones, unos libros mucho más elaborados y destacables, tanto por las novedades conceptuales como por las informativas.

LA ECLOSIÓN DE LOS '70

En la década de 1970 se inició, con renovado ímpetu, la quinta etapa de la historiografía local catalana. Esta nueva etapa se caracteriza por la renovación metodológica, la incorporación de nuevas generaciones de investigadores de formación universitaria y la aparición de nuevos temas de interés historiográfico. A ello contribuyeron cinco factores íntimamente relacionados:

1. El incremento de alumnos en las facultades de letras y, en particular, en los departamentos de historia, provocó un aumento notable de los potenciales investigadores.

2. El paso por la universidad facilitaba a los nuevos investigadores un bagaje teórico e informativo superior al de la mayoría de sus precursores. Este bagaje les permitía conocer las principales líneas académicas de interés y de renovación historiográfica, que aplicaban a sus trabajos iniciando una revisión de planteamientos en la historia local.

3. Su iniciación al quehacer historiográfico coincide con una etapa en la cual el conjunto de la sociedad vive un período de inusitada vitalidad e inquietud política y social (el tardofranquismo y la Transición), que impulsa el deseo de conocer con mayor detalle el pasado y de recuperar la historia hasta entonces proscrita o tergiversada, preferentemente la del pasado reciente que hubiera incidido a su entorno geográfico, donde los referentes eran más claros y donde se superponía a la información leída la memoria personal y el conocimiento oral. La demanda social se tradujo en un cambio de las temáticas preferidas por los nuevos historiadores para sus investigaciones: si hasta entonces la mayoría de trabajos de historia local se habían centrado en las épocas medieval y moderna, éstas prácticamente desaparecieron y fueron sustituidas por las dedicadas a los siglos XIX y XX.

4. El interés masivo por las nuevas producciones historiográficas significó la ampliación del mercado bibliográfico hacia sectores de población que hasta aquel momento le habían sido ajenos, incrementando las posibilidades de edición.

5. El importante incremento de licenciados sin posibilidades de incorporación inmediata al mercado laboral, provocó que muchos de ellos optaran por dedicarse a la investigación. Así justificaban el esfuerzo intelectual y económico que habían requerido sus estudios, se labraban un currículum y podían optar a premios y becas que eran a la vez un reconocimiento al trabajo realizado y un premio en metálico.

Culminaba así la evolución de un siglo y medio de trayectoria de la historia local catalana que había pasado de los eruditos locales a los licenciados, después de haber estado en manos de los burgueses ilustrados. El cambio tipológico y generacional vino acompañado de una inflación bibliográfica con obras, aunque de valor desigual, con nuevos enfoques metodológicos y nuevas temáticas. La dedicación de universitarios a los estudios locales se vio facilitada por cuatro circunstancias complementarias:

– Los jóvenes licenciados, sin una ocupación laboral adecuada a su titulación o con unos contratos precarios, trabajaron en los archivos de su localidad o en los situados a pocos kilómetros y ello abarataba el coste de la investigación y la hacía más asequible.

– La posibilidad de trabajar en unos archivos prácticamente vírgenes para los períodos o los temas que les interesaban resultaba además atractiva y ofrecía un acceso rápido a la documentación consultada, aunque a menudo con la contrapartida de una clasificación insuficiente o nula.

– El cambio de percepciones y planteamientos teóricos incitaba a valorar los estudios centrados en un ámbito reducido, a través de los cuáles era posible acercarse a las propuestas de historia total preconizadas por Pierre Vilar, y coincidía con el convencimiento de la necesidad de anteponer las investigaciones minuciosas a las generalizaciones abstractas con escaso contraste documental, y con el deseo de facilitar a la larga síntesis renovadoras construidas a partir de las nuevas aportaciones.

– A finales de los setenta, las editoriales, sujetas a las demandas comerciales derivadas de los intereses de los lectores, modificaron drásticamente las programaciones. Si la edición de libros de historia (especialmente los de contemporánea y entre ellos de manera destacada los que se referían a los años 1930-1980) había conocido un éxito sin precedentes, la producción cayó hasta prácticamente desaparecer de los catálogos. En parte fue la misma euforia la que provocó su estrangulamiento. A partir de los ochenta, el retraimiento editorial se acentuó, quedando los libros de temática local como única alternativa rápida y segura para la edición de la investigación histórica.

EL MOMENTO ACTUAL

A pesar de su indiscutible arraigo y aceptación social, en buena parte la historiografía local catalana ha tocado techo. El desencanto de las nuevas hornadas universitarias no es ajeno al fenómeno. Parte de la ebullición anterior era en cierta medida un espejismo, que provenía más de la publicación de la tesina o la tesis doctoral como libro o serie de artículos, con la esperanza de un reconocimiento o un acceso a la profesionalización, que del inicio de una vocación investigadora sólida. De ahí que muchos no hayan perseverado. Las causas que han contribuido a enfriar las ilusiones de las nuevas promociones de licenciados en historia de participar en la renovada historia local se pueden sintetizar en:

- la inutilidad práctica del esfuerzo para la consolidación laboral,
- la desaparición efectiva de las tesinas para obtener la licenciatura con grado,
- la creciente dificultad burocrática y el mayor coste económico de los trámites (con el agravante de las limitaciones temporales hasta ahora contempladas), para la obtención del título de doctor,

- la valoración de este título únicamente para los concursos a plazas universitarias, cada vez más escasas,
- la desaparición del eufórico idealismo que presidió buena parte de la Transición, substituido por un espíritu pragmático, más atento a los resultados materiales inmediatos de todo tipo de trabajo.

La conclusión es fácil. Quienes continúan manteniendo viva la historia local catalana son los mismos que la impulsaron en los años de la Transición: en parte autodictas (*aficionados*, en la valoración peyorativa) y otros con formación universitaria.

Las aportaciones actuales a la historia local surgen de dos ámbitos perfectamente delimitables: los centros de estudios y las instituciones administrativas. Mientras los impulsores de los primeros, responsables de la mayoría de las publicaciones, deben esforzarse para asegurar la viabilidad económica de las obras, ya que su fracaso puede hipotecar el futuro de la entidad promotora o como mínimo su capacidad editorial, las instituciones en general pueden asumir el compromiso sin ningún riesgo, integrados en los presupuestos de cultura o de relaciones ciudadanas. Mientras los libros de los centros de estudio suelen inscribirse en una línea editorial coherente, formando parte de una colección, los institucionales acostumbra a responder a actuaciones esporádicas, sin ningún afán de continuidad. Son pues los centros de estudios los elementos básicos para el desarrollo presente y para la esperanza de continuidad de la historiografía local.

La historia y la estructura de estos centros es variada. Salvo dos excepciones⁶, los más antiguos provienen de la década de 1940 o los primeros años de la siguiente, aunque la mayoría surgieron en los primeros años de la transición democrática. Los más dinámicos crearon en 1992 la Coordinadora de Centres d'Estudis de Parla Catalana, denominación que permite aglutinar a los que deseen incorporarse de las Baleares y del País Valenciano⁷, con el objetivo de racionalizar y unificar sus relaciones con los diferentes niveles de la administración e intercambiar experiencias, respetando siempre la absoluta independencia de sus miembros. La tipología de los centros, por los componentes y las actividades desarrolladas, es múltiple y todo intento de realizar una definición sumaria del conjunto resulta difícil, si se quiere evitar el riesgo de la imprecisión. En 1987 el preámbulo de la guía publicada por la Generalidad de Cataluña los define como "instituciones de variada tipología –tanto por su origen como por su organización y función– que a lo

⁶ Son la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense creada en 1844 para salvaguardar el patrimonio arqueológico de la ciudad; y el Centre de Lectura de Reus, fundado en 1859, en realidad un ateneo que realiza numerosas tareas de suplencia ante las deficiencias de la administración.

⁷ La Coordinadora surgió en parte del congreso celebrado en Lleida, en 1991, aún en proceso de constitución, y ha conocido un segundo, en 1997, en Palma de Mallorca. Para la vitalidad de la Coordinadora y sus problemáticas, el dossier "Els Centres i Instituts de Parla Catalana al tombant del mil·leni", *Plecs* 81, *L'Avenc*, 237 (1999), pp. 43-53,

largo y ancho de nuestro país (...) tienen como característica común el agrupamiento de personas interesadas en el estudio de los diversos aspectos que configuran su realidad local o comarcal, incidiendo, especialmente, en aquellos de tipo histórico o geográfico, y en su difusión a la sociedad a través de las correspondientes publicaciones periódicas⁸. Cinco años más tarde un ambicioso diccionario histórico definía el centro de estudios como “la agrupación de estudiosos organizada de una localidad, comarca o de demarcaciones más amplias con la finalidad de fomentar y promover estudios sectoriales o globales de su ámbito de influencia en relación con los aspectos generales de investigación y su posterior divulgación por medios orales, escritos o audiovisuales”⁹. La disparidad en la configuración y en las ambiciones de los asociados o de sus responsables obedece a diversos motivos, entre otros y de manera fundamental a la realidad local del territorio sobre el que pretenden incidir: su densidad demográfica o económica y las lagunas que intentan suplir en las actuaciones culturales de las autoridades municipales y comarcales o de otras entidades que estén allí establecidas, básicamente ateneos: la creación de una biblioteca, la salvaguarda de los documentos históricos, la organización de conferencias, el fomento de publicaciones, la coordinación de la pluralidad de las actuaciones culturales...

Las definiciones reproducidas se ajustan a la realidad, pero conviene matizarlas en algún detalle. Es cierto que los centros se constituyen con “personas interesadas”, unas 30.000 en el conjunto catalán, pero esta obviedad (nadie es forzado a inscribirse a ellas) esconde una notable diversidad de móviles o justificaciones: unos participan de manera activa en las actividades del centro como dinamizadores (son los que pueden denominarse ideólogos, que pueden así desarrollar sus propuestas para incentivar la mejora del nivel cultural de sus vecinos) o contribuyen con sus colaboraciones en las revistas o colecciones de la entidad; otro grupo lo constituyen aquellas personas interesadas en participar de los nuevos conocimientos, asistiendo a conferencias o leyendo las publicaciones, como puramente receptoras, sin ninguna aportación activa por su parte, ni en la gestión, ni en la investigación; el tercer grupo lo constituyen los que se hacen socios por patriotismo local, convencidos de realizar una actuación crítica, contribuyendo con su cuota, equiparable a un pequeño pero constante mecenazgo, a que el centro pueda desarrollar sus actividades. Estos últimos ni investigan, ni sienten un interés concreto por las realizaciones del centro, ni asisten a las conferencias, ni leen las publicaciones, aunque le garantizan la supervivencia. Esta tipología puede parecer sarcástica o elitista, pero no pretende serlo en absoluto. Es evidente que quienes justifican la existencia de los centros de estudios son los primeros que con su trabajo dotan de contenido

⁸ *Guia dels Centres d'Estudis de Catalunya*, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Lleida 1987, pp. 9-10. Traduzco del original catalán.

⁹ *Diccionari d'Història de Catalunya*, Edicions 62, Barcelona 1992, pp. 232-233. Traduzco del original catalán.

a las propuestas fundacionales, pero es innegable que sin el calor de los segundos su repercusión sería irrisoria, y sin los terceros la mayoría de los proyectos se convertirían en utópicos por inviables económicamente. De la cohesión entre los tres grupos y, esencialmente, de la continuidad de la voluntad impulsora de los primeros, depende la supervivencia de los centros de estudios. Unos cuentan con una acrisolada historia y tienen más segura la continuidad cuando atraviesan momentos críticos porque disponen de un fondo editorial y de una tradición ciudadana. En otros casos la fundación es el resultado de una ebullición momentánea, provocada por la conmemoración de una efeméride o por el empuje de una personalidad o un grupo de amigos, que después de un par de realizaciones languidecen hasta su desaparición, si no aparece un nuevo grupo de repuesto.

Es indiscutible que la justificación esencial de los centros, como recogen las dos definiciones, consiste en impulsar y difundir los estudios de todo tipo. Estas funciones se desarrollan bajo una pluralidad de sistemas, tanto desde el punto de vista formal como desde la óptica conceptual. Según el ámbito geográfico que abarcan, el número de socios y su dinamismo y la posibilidad de contar con recursos externos en forma de subvenciones, sean públicas o privadas, los resultados de las investigaciones se difunden sólo a través de conferencias, en revistas de mayor o menor número de páginas y de periodicidad variable o en libros publicados de forma esporádica o dentro de colecciones con un ritmo editorial de mayor o menor intensidad. De la misma manera, mientras unos centros parecen haber nacido para el constante ejercicio búdico de la admiración perpetua del ombligo colectivo, que se traduce en visiones acríticas y complacientes con el pasado local (a veces contradictorio, ya que lo único importante es la vinculación del hecho o del personaje con el lugar y los epítetos laudatorios se pueden conceder a tirios y troyanos), otros, la mayoría, cuentan con responsables solventes, a menudo más exigentes con los productos que se ofrecen para su publicación que algunas editoriales profesionales. Estos centros patrocinan obras rigurosas, que constituyen hitos insoslayables para el conocimiento genérico de la época tratada.

La pluralidad de objetivos y de trayectorias de los centros de historia local catalanes queda en buena medida recogida en la encuesta que realizó la Coordinadora en 1995 y cuyos resultados han sido publicados por Antoni Gavaldà¹⁰ en el *Llibre blanc dels Centres i Instituts d'Estudis de Catalunya*. De las respuestas de 68 centros se deduce claramente que el objetivo mayoritario lo constituyen las ciencias humanas y sociales, con la historia en primer lugar. Se hace evidente asimismo la precariedad patrimonial, tan sólo 6 entidades disponen de local social propio, 6 más están en alquiler, mientras el resto, la mayoría, disponen de locales cedidos por otras entidades culturales u organismos públicos; en general se trata de locales de reducidas dimensiones. La segunda limitación,

¹⁰ Coordinadora de Centres d'Estudis de Parla Catalana, 1998.

provocada también por la precariedad económica, es la ausencia de personal auxiliar retribuido, situación que se da en el 80% de los casos y que en la práctica significa que todo— el peso de la gestión, no sólo intelectual sino también burocrática, recae sobre los socios y en especial sobre la junta directiva, limitando su capacidad de actuación y provocando un cansancio colateral que puede generar el hastío de los responsables, derivado del exceso de voluntarismo, y, a la larga, condicionan la supervivencia de la entidad. Contra lo que pueda parecer a un observador externo, la Generalidad de Cataluña ha sido muy poco sensible en su política de ayudas y subvenciones a las necesidades de los centros y, aunque así les deja a salvo de los riesgos del posible clientelismo, les empuja a la inanición.

La mayoría de los centros, el 50%, cuentan entre los 101 y los 400 socios. Aunque para una valoración correcta sería preciso conocer el porcentaje de lo que estos socios representan sobre el total de la población de la zona donde pretenden incidir, lo relevante es señalar que el número de asociados condiciona o posibilita el desarrollo de las actividades. Lo posibilita porque garantiza un mínimo de venta de los productos editoriales, lo condiciona porque según se sitúe en la franja alta o baja hace viable o no una actividad más dinámica, permitiendo publicar libros y revistas, realizar coloquios o congresos, impartir conferencias o cursos, promover exposiciones, o limitando toda la actuación a esporádicos encuentros sociales. La encuesta citada insinúa que el crecimiento de la mayoría de los centros se encuentra estancado, es nulo o escasamente relevante. Este estancamiento supone un envejecimiento progresivo de los asociados que, en caso de no superarse con nuevas incorporaciones, puede llevar a la desaparición del centro por motivos biológicos. La principal contribución de los centros, y la más perdurable, son las publicaciones (según las últimas cifras más de 240 anuales entre libros y revistas). Los ritmos seguidos son muy variables y, de acuerdo con su propio testimonio, se puede elaborar este cuadro con los libros publicados anualmente:

	<u>Ningún libro</u>	<u>1 libro</u>	<u>2 a 5</u>	<u>más de 6</u>	
1994	28	21	14	2	centros
1995	21	22	19	2	centros

A pesar de la disparidad de actuaciones parece claro que la mayoría publica libros con regularidad, aunque de nuevo para un análisis más preciso sería necesario poder efectuar un cruzamiento con los datos de los dos años contemplados (cuáles repiten en el dinamismo o en el ostracismo, o si se intercambia el ritmo de actuaciones), profundizar sobre el número de páginas de cada volumen y distinguir entre aquellos que son fruto de una investigación rigurosa de los más divulgativos. La diferencia radica también en el ámbito de actuación de cada centro, ya que evidentemente no se pueden equiparar los que tienen como objetivo una comarca densamente poblada o las ciudades que se sitúan en torno

a los 100.000 habitantes, de aquellos dedicados a poblaciones que apenas superan el millar de habitantes. En general las tiradas de los libros oscilan entre los 500 y los 700 ejemplares. Estas cifras suponen en la práctica una distribución limitada a los socios o a las personas cercanas al área del editor y dificultan por sí mismas la posibilidad de una difusión amplia, al agotarse inmediatamente y convertirse en publicaciones difíciles de localizar en las librerías por los elevados costes de la distribución a los que se suma el desinterés de las grandes distribuidoras. Junto a los libros, destacan las revistas: 18 anuales, 5 semestrales, 7 cuatrimestrales, 9 trimestrales, 8 bimensuales y 3 mensuales. Habitualmente, con la excepción de *L'Avenç* y *Serra d'Or* que suelen dar noticia puntual de la mayoría de las publicaciones, la prensa (y más aún la radio y la televisión autonómica) elude no ya el comentario sino incluso la simple mención de los libros publicados fuera del circuito comercial, dando por sentado su escaso interés. Esta actitud empuja hacia la marginalidad todos los esfuerzos realizados por los editores locales a quienes se niega la simple posibilidad de dar noticia de la aparición de sus publicaciones.

HISTORIA LOCAL E HISTORIA GENERAL

Durante demasiados años en el ámbito académico la historiografía local ha sido poco apreciada, al considerarla como obra de aficionados. A menudo la diferenciación entre historia local e historia sin calificativos se funda en dos componentes ajenos al contenido y a la voluntad de la obra, y se basa de manera casi exclusiva en el título del trabajo y en el editor. A pesar del riesgo de simplificación una obra es considerada como de historia local cuando su editor no radica en Barcelona, o cuando el título incorpora otro topónimo que no sea Cataluña o Barcelona, prescindiendo por completo de lo que plantea o aporta. Se comete con ello, con la carga peyorativa que se quiere agregar a la definición, un importante error de apreciación. A menudo libros publicados en ciudades de comarcas plantean problemas generales, ejemplificados en un caso concreto con gran rigor, imponiendo una visión renovadora de la cuestión analizada, que puede obligar a corregir la interpretación general.

Estudios de ámbito y editor local han dado mucha luz, y a menudo constituyen la única fuente bibliográfica disponible para diversos episodios, desde la evolución, los integrantes y las actuaciones de la *Milicia Nacional* a lo largo de todos los períodos en que estuvo en vigor durante el siglo XIX (como el estudio de Robert Vallverdú sobre la reusense), los avatares del Trienio Liberal (R. Arnabat para el Penedès), las vicisitudes de la Falange (analizada de manera global por J. Clara en Gerona y la sección femenina leridana por A. Jarne), la constitución y actividades de las sociedades agrícolas (A. Gavaldà y J. M. Santasmases para distintas localidades del Alt Camp), los entresijos del poder local con sagas familiares incrustadas en diversas opciones ideológicas persistiendo en el control de

los ayuntamientos (de nuevo J. Clara para Gerona), el primer franquismo (M. Duch, para Reus) o la formación y evolución del catalanismo político¹¹, para citar de manera aleatoria unos cuantos ejemplos que podrían multiplicarse sin dificultad para cualquier etapa histórica¹². Son, en definitiva, libros imprescindibles para quién desee abordar los temas en ellos estudiados en Cataluña o en España. Realizados con rigor y sagacidad (elementos imprescindibles en cualquier estudio histórico) ofrecen el análisis local y la posibilidad de lectura generalizadora. A los lógicos y habituales esfuerzos de localización documental en los archivos públicos se une, gracias a la mayor posibilidad de relación entre los miembros de una comunidad reducida, la posibilidad de acceso a archivos privados, algunos de los cuáles son de una riqueza sorprendente, permitiendo la incorporación de testimonios inéditos, a menudo de un enorme valor documental.

La historia local ha abierto nuevos cauces a los planteamientos historiográficos. Uno de ellos, posible por el mayor control y accesibilidad de las fuentes, han sido las historias gráficas, álbumes fotográficos del conjunto de la sociedad. En general las fotografías van acompañadas de documentados comentarios que contextualizan e informan ofreciendo una aproximación más directa y contundente de la realidad y formas de vida¹³. Permiten constatar de manera rápida y agradecida la brutal transformación de la sociedad a lo largo de los últimos años, en los casos más afortunados, con la revisión de la imagen de los distintos sectores de la sociedad, difícil de conseguir sólo con palabras, reflejando las marcadas diferencias sociales, las ínfimas condiciones de vida de la mayoría de la población, o la imagen todavía rural de los grandes núcleos urbanos. Estas historias gráficas suelen constituir un notable éxito editorial, que difícilmente alcanza una monografía erudita y que compensa su elevado coste. Los repertorios toponímicos constituyen otra aportación notable de los estudiosos locales¹⁴. Estos inventarios no han obtenido la repercusión que se merecen, quizá porque parecen a primera vista una estéril enumeración erudita de topónimos en uso o arcaicos, cuando su estructura alfabética o conceptual permite localizar numerosas noticias sobre los elementos defensivos de la localidad (torreones o portales), la protoindustrialización (molinos, telares, alambiques), la configuración urbana o la evolución de los elementos simbólicos en los nomenclátors urbanos, entre otras numerosas y diversas posibilidades.

¹¹ Hay una buena síntesis de las aportaciones comarcales en la formación del catalanismo en M. RENOM, "Notes sobre el primer catalanisme a les comarques catalanes", *Afers*, 13 (1992), pp. 143-158.

¹² La ya citada *Guia* publicada por la Generalitat contiene los catálogos de los Centros inventariados, hasta 1985. Lamentablemente esta iniciativa no ha tenido continuidad.

¹³ Para un primer balance de estas historias, P. ANGUERA, "Històries gràfiques. Un nou estil de fer història?", *L'Avenç*, 204 (1996), pp. 35-39.

¹⁴ A. AMIGÓ, *Introducció a la recerca en toponímia i antroponímia*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1999, y el dossier "Toponímia i història", *Plecs*, 75, pp. 35-44, en *L'Avenç*, 226 (1998).

Para el historiador actual el problema radica en la manera de asimilar las múltiples aportaciones y en cómo controlar el alud de publicaciones. Y en encontrar una buena correlación entre las historias generales y las locales. Esta interrelación debería funcionar en un doble sentido para que sea posible el progreso del conocimiento histórico. Las historias generales deberían servir para encuadrar y facilitar la visión de conjunto a los historiadores locales. Las historias locales, para matizar y enriquecer las generales. Si el desconocimiento de las síntesis impide saber qué es propio de la zona estudiada y qué se integra en una dinámica general (y de ahí se deriva que hechos singulares queden solapados por noticias intrascendentes, mientras que episodios generalizados aparezcan con un protagonismo desmesurado), tampoco se puede hacer honestamente historia general prescindiendo de las aportaciones monográficas, dando por supuesto que sólo es trascendente lo ocurrido en Barcelona, en fiel correlato mimético con lo que ocurre en múltiples historias de España en las cuáles solo parecen trascendentes los hechos ocurridos en Madrid.